

AMORES Y PASIONES

Cuando el odio apunta a lo real en el Otro [*]

Raquel Cors Ulloa

En el odio al Otro que se conoce a través del racismo
es seguro que hay algo más que la agresividad.
Hay una consistencia de esta agresividad que merece
el nombre de odio y que apunta a lo real en el Otro
Jacques-Alain Miller [1]

Para el psicoanálisis, la lectura que nos involucra no va de suyo, pues implica, ciñe, se orienta por lo que estamos afectados, a saber *lalengua* y los efectos que ella conlleve no sólo en lo que se dice sino en lo que se hace. Pesquisar una lectura de la huella del *a-fecto* implica una sutil separación –casi como la de los niños cuando balbucean, casi como el sin-diálogo del sujeto autista, casi como el trauma que se instala en cada cuerpo hablante a partir de la inferencia que el lenguaje engendra. La experiencia de un trayecto analítico implica leer la fonemización de lo Uno, que no será posible sin la articulación significativa de lo insignificante.

Cuando un análisis transcurre, orientado por lo que llamamos goce, ese goce que no es observable sino por el hecho de que se repite, haciéndose posible tramitar la pulsión (\$ à D), analizamos –gracias a las vicisitudes del amor– confrontando nuestras defensas, no sin lo que para cada uno apunte a lo real –en el Otro–, uno por uno. Se trata, en el límite de lo imposible, de atravesar ese hueso que al fin y al cabo no es más que el modo de horror a lo Otro, y que se pesquisa en lo más íntimo de cada uno. Pues hay un horror fundamental que interroga e incluso causa al psicoanálisis; pero cuando eso mismo inquieta al progreso y a la ciencia, estos responden obturando, clasificando y agrupando lo particular; por lo tanto y a su pesar, prevalece un puro efecto dispersivo, segregativo, incluso obsceno, que intenta recuperar una identificación, un *Ideal del yo*, entre todos los que perdieron algo... instalándose así la paradoja de un grupo homogéneo que ama u odia desde su segregación.

El malestar de nuestra civilización y el enorme avance tecnológico, dan cuenta de un tipo de violencia que hasta podríamos llamar ordinaria, en tanto nos habituamos a ella, al punto de presenciar –no sin el goce del espectador– la invasión que las noticias muestran: detrás de cada historia, al costado de cada imagen, o abruptamente de frente sin ningún velo ni pudor, ya sea la foto del pequeño Alan Kurdi, la decapitación de un ciudadano del mundo, el cercenamiento de una parte del cuerpo de mujer, o de las aletas de tiburón (*Shark finning*). «Separación» ¡salvaje, por supuesto! que lo ilimitado de las redes sociales no alcanza a atrapar.

Para el psicoanálisis, enmarcar lo inmarcable se traduce en una apuesta de simbolizar, de imaginar lo real, eso que los *mass media*, tratan de articular (I-S) pero no siempre lo consiguen, pues son intentos de localizar una deslocalización fálica-epocal, haciéndose cada vez más fuerte el imperativo de una satisfacción descomunal y desbordante ante el vértigo de la época que nos traduce nuevos síntomas, violencias y pasiones. Un complejo tema que desde el psicoanálisis procuramos hacer pasar al sujeto del inconsciente, al cuerpo que goza, a las marcas y los afectos –que no engañan.

En este sentido, les propongo una lectura, no tanto por la línea de la agresividad respecto del otro sino más bien por la línea del odio que apunta a lo real en el Otro, pues cuando el objetivo es el modo de goce del Otro,

la inversión dialéctica implica una recaída sobre el “*sí mismo*”, especialmente cuando lo que está en juego es la pasión mortal de uno mismo.

En cuanto escuchamos a un analizante, la apuesta es leer, en cada sesión, cada vez, la escritura que testimonie su pulsión, es decir, lo que cada ser hablante no sólo cuenta sino que da cuenta de su rechazo del Otro. Se trata, para nosotros, de tramitar ese goce excesivo que está por fuera de toda medida fálica. Se trata, para el psicoanálisis de orientación lacaniana, de leer lo que recae sobre cada singularidad, llámese creencia, terrorismo, *overdosis*, fundamentalismo, guerra, y todo lo que apunte al *sí mismo* –al corazón del odio. Pues, cuando alguien pasa por una guerra no sólo da cuenta de los efectos postraumáticos sino también de lo que implicó ir hacia una significación mayor, incluso cuando ella fue un alivio sintomático.

Cuando nos analizamos, y confrontamos nuestras defensas, se trata de atravesarlas, atravesar ese hueso que, al fin y al cabo, no es más que el modo de horror a lo Otro que se pesquiza en lo más íntimo de cada uno, uno por uno. Desde el psicoanálisis, retrospectivamente se llega a-saber algo de ese horror fundamental, un horror que hasta el discurso de la ciencia intenta obturar y que, a su pesar, lo que prevalece es un puro efecto dispersivo, segregativo, ilimitado, incluso obsceno, que sin ninguna contención se expande en una marea de odio mundial de la que el racismo es su más clara expresión.

Jacques Lacan señalaba que la segregación responde a la promoción de varias segregaciones renovadas –que no son más que el severo conjunto de lo que hasta ahora se vio–, y que nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por la extensión cada vez más dura de los procesos de segregación; es así que estos procesos son precisamente lo que se discute bajo el sentido común del racismo. [2]

Así como en el racismo no se trata de una sociología ni de una lectura de los *mass media*; así mismo para el psicoanálisis se trata de interpretar por medio de nuestros recursos –no sin los discursos–, para leer lo que se ordenó en cada modo de goce. Interpretar, una lectura de lo que fracasa y por ende no anda –“no-hay”– del trámite de adopción en el que cada uno se ubicó para ingresar en la plataforma de los modos de amar, desear y gozar. Interpretación que sólo puede postularse más allá y para empezar, gracias a los intervalos del deseo del analista.

En 1932, [3] Freud ya se había percatado de que no era posible separar el amor y el odio; desde aquel momento planteó la violencia en términos de pulsión de muerte, expresando que el odio a los extraños no es el menos intenso de los motivos con que promueve la cohesión de sus seguidores. Pero, cuando se trata sólo del odio sin los intervalos ¡del amor!, la consistencia apunta al que no le es próximo, al que es distinto, extranjero, extraño, raro, al vecino que festeja, piensa, siente, se viste, goza, distinto. Estamos entonces en otro orden lógico, y es que el sujeto de nuestro tiempo es un sujeto siempre exiliado de sí mismo y por eso, cuando odia, dirige ese afecto a Otro. Pero ¿de qué Otro se trata?, ¿qué hace que Otro sea Otro para odiarlo en su ser?, ¿de qué *ser* se trata, cuando pienso... luego soy? Si al que se odia se le supone poseedor de un modo de goce distinto al de uno, entonces ¿se tratará de un goce del que se carece? Ahí, el laberinto.

Una manera muy simple que ilustra el odio, es el odio a los semblantes, ese que las mujeres y también los hombres conocen bien, pero además se empeñan en denunciar, pues Otro u Otra, supuestamente, poseería algo... De ahí en más, pueden ustedes hacer una sustitución de la leche materna (escena madre-niño) por cualquier otro objeto preciado.

El punto es que sin un análisis, sin el *deseo* del analista en su función (Fx), es muy difícil que un sujeto se haga cargo de lo radicalmente extraño, eso mismo que le es íntimo y familiar. Eso que, en su extrañeza, nos enseña sobre el exilio de cada uno.

NOTAS

* Texto basado en las VI Jornadas del CEIP, “La violencia y la agresividad hoy, desafíos para la clínica psicoanalítica”. Santiago de Chile, mayo de 2016.

1. Miller, J.-A., *Extimidad*, Paidós, Buenos Aires, 2010, p. 53.

2. Miller, J.-A., *Extimidad*, *op.cit.*, p. 50.
3. Freud, S., "¿Por qué la guerra?" (1933), *Obras Completas*, Vol. XXII, Amorrortu, Bs. As., 1996, p. 183.